resulta de la doctrina; pues los milagros *que la* BONDAD DIVINA, *prestándose á las flaquezas del vulgo, se complace en presentarle como pruebas adecuadas á su capacidad*, no tienen necesidad de ser reales; basta que sean aparentes, *siendo, como es, el pueblo incapaz de hacer esta distincion:* por esto aquellos milagros, aunque emanados de Dios, son *equívocos* á los ojos de las personas instruidas y de los buenos pensadores, *como se probará mas adelante* (1), es decir, por los ejemplos del aldeano de Nortolandia y del mismo Rousseau.

Estos son los espedientes de la incredulidad; estas son las graves razones, las convincentes teorías, las nobles concepciones de la divinidad, los motivos satisfactorios que la hacen romper con la fé cristiana. ¡Justo Dios! ¿le redargüiremos? ¡ah! la sangre hierve en las venas; no sabe uno dónde está.... ¿Son esos los fundamentos de vuestra incredulidad? Nuestra fé los tiene sin duda mas seguros.

Se preguntará acaso por qué Rousseau, que pretende tener *una fé sólida y segura* en la revelacion de Jesucristo, que reconoce la verdad del Evangelio y la posibilidad de los milagros, y que reconoce asimismo la *apariencia* de los milagros de hecho y en teoría, se detiene aquí, y se obstina á toda costa en desconocer la *realidad* de los milagros. ¿De dónde nace ese invencible horror que manifiesta por los milagros, hasta el punto de prescindir de toda razon antes que consentir en ellos, y de someter á la divinidad á una necesidad de impostura antes que someter su espíritu á una necesidad de fé; al mismo tiempo, lo repetimos, que aspira á esta fé por otro camino, por el del raciocinio, y apoyándose en el carácter de belleza y santidad de la doctrina? Lo dificil, sin duda, no consiste tanto en creer en los milagros como en la divinidad de Jesucristo; y si se cree en la divinidad de Jesucristo, ya no es difícil creer en los milagros; al contrario, lo dificil es no creer en ellos. ¿De dónde nace, pues, esa repugnancia contradictoria en Rousseau?

Vamos á decirlo: la creencia en los milagros importa la creencia efectiva, séria, real é irrevocable en la divinidad de Jesucristo. Es una puerta cerrada á todo retorno á la incredulidad. Es un hecho reconocido, un hecho simple, y sobre el cual no hay que insistir, á no ser para deducir de él esplicaciones. Es la via de la autoridad.—La creencia, empero, en la revelacion por la via del raciocinio y sobre la belleza y santidad de la doctrina, permite al mismo raciocinio que hoy la reconoce, desconocerla mañana; no liga, no obliga irrevocablemente, y cuando no hay otro motivo que os adhiera á ella, os deja flotar en un estado indefinido de licencia que permite creerlo todo y no creer nada, *é ir desde el ateismo hasta el bautismo de las campanas*, como decia muy ingeniosamente Diderot, hablando de Rousseau. Es una creencia *ambulante*.

Por consiguiente, el verdadero motivo que hace que Rousseau no crea mas que en la apariencia de los milagros, es que no tiene mas que una apariencia de fé en Jesucristo, y se convierte por lo mismo en una prueba viva de la conveniencia, de la necesidad de los milagros [y por consiguiente de su realidad] para todos los entendimientos, y sobre todo para los buenos pensadores, porque necesita la razon humana algo que la fije, cuanto mas activa es, y, permitiéndole ejercitarse y desarrollarse en la comprension y aplicacion de la doctrina, la obliga por *una razon de autoridad* á no separarse de ella y á no perder su libertad en su licencia.

Por esto vemos que *la fé sólida y segura* de nuestro *buen pensador*, tan pronto *proclama la divinidad* de Jesucristo (2), tan pronto reconoce solamente que se *hallaba ilustrado por el espíritu de Dios* (3), tan pronto no ve en él mas que *al mejor y mas amable de los hombres* (4), tan pronto, en fin, ¡quién lo creyera! naufraga completamente y hace traicion á todo lo que con tanta pena hemos deducido de todos sus sofismas en el siguiente pasaje: "Se nos presenta un hombre que nos habla este lenguaje: Mortales, os anuncio la voluntad del Altísimo, reconoced en mis palabras al que me envía. Yo mando al sol que cambie su curso, á las estrellas que se coloquen de otro modo, á las montañas que se aplanen, á las olas que se levanten como montañas y á la tierra que tome una forma distinta. ¿Quién no reconocerá en semejantes maravillas al dueño de la naturaleza? ESTA NO OBEDECE A LOS IMPOSTORES, *que hacen sus milagros en las encrucijadas, en los desiertos y dentro* de las casas; por esto NO SON CREIDOS *mas que de un corto número de espectadores, dispuestos siempre á creerlo todo.*" (5)

He aquí, pues, á Rousseau llegado espontáneamente al punto á que queriamos obligarle, á aquella *indigna acusacion*, á aquella *blasfemia*, cuya suposicion tanto le indignaba: la inecsorable lógica de la *alternativa* lo ha arrastrado de la incredulidad en los milagros, á la conclusion de que *el Cristo era un bribon, y sus discípulos mentecatos ó impostores.*

Conclusion absurda y horrible, como dice Nieburh y dijo el mismo Rousseau, pero necesaria, no creyendo en el gran principio de los milagros.

Por consiguiente, el ejemplo irrefragable de Rousseau prueba evidentemente que, A MENOS DE IR A PARAR A LO ABSURDO, ES PRECISO CREER EN EL GRAN PRINCIPIO DE LOS MILAGROS.

Podriamos ceñirnos á este argumento, por ser, aun solo y aislado, un fundamento racional y decisivo de la fé cristiana. Es necesario no perderlo jamas de vista, y llegar en definitiva á fijarse en él, porque es simple, y el punto sobre que gira, LA VERACIDAD DE JESUCRISTO Y DEL EVANGELIO, es de una necesidad absoluta y tiene sus raices no solamente en la razon, sino en el sentido íntimo, en el corazon, en el alma y en todas las facultades de nuestro ser moral. Los milagros tienen de admirable para los que no los presenciamos, que enlazan la divinidad de Jesucristo con su veracidad. Y como á medida que vamos adelantando, esta veracidad

(1) *Cartas de la Montaña*, p. 88.

(2) *Emilio*, lib. 4.
(3) *Cartas de la Montaña*, p. 115.
(4) *Id. id.*, p. 138.
(5) *Emilio*, lib. 4.

se va revelando mas en sus frutos de civilizacion y de vida, se hace por consiguiente mas palpable la necesidad de creer en los milagros que ella nos garantiza, y por ellos en la divinidad, que es su consecuencia, á medida que nos vamos alejando de la época en que tuvieron lugar. En tiempo de Jesucristo, y durante los primeros siglos del cristianismo, habia, es verdad, la impresion inmediata de los milagros, pero no habia la esperiencia y la civilizacion de costumbres y de ideas que nos hacen admirar en el dia toda la belleza y perfeccion del carácter de Jesucristo. Por esto era despreciado este carácter, y los incrédulos, como Juliano, Celso y Porfirio, no vacilaban en calificar á Jesucristo de impostor, y eludian por este medio la autoridad de los milagros, que decian hechos por el artificio de la magia. ¿Quién se atreveria en nuestros dias, aun entre los mas declarados incrédulos, á proferir un absurdo semejante? La incredulidad de nuestra época no puede ya dejar de reconocer la belleza del carácter de Jesucristo. Pronuncia así su propia sentencia, y para evitar el adorarlo como Dios, procura ecsaltarlo como hombre. Pero sin advertirlo, se obliga ella misma á ello, dando á los milagros un apoyo de que habian carecido hasta el presente, y que nos fuerza á deducir por ellos, como hemos visto ya, de la belleza moral del carácter de Jesucristo, su divinidad.

Este argumento, que á causa de su oportunidad lo hemos presentado por dos veces en el curso de nuestros *Estudios*, es en la actualidad el primer fundamento de la verdad de los milagros: vamos á añadir algunas reflecsiones, no para fijar esta verdad, sino para hacerla mas familiar.

II. No tomamos en particular á Rousseau, hemos dicho ya, para combatir personalmente su autoridad; se desvaneció ya la fascinacion de su *bello estilo*, y el sofista, mostrándose á traves de la máscara del filósofo, ha deprimido la gloria del escritor. Nada es bello si no es verdadero. La misma falsedad es menos repugnante cuando se encubre con el disfraz de la verdad. En este caso es doble falsedad. Y este es el sello con que la posteridad ha marcado ya á Rousseau. (1)

No atacamos á Rousseau, sino á la incredulidad en general en su persona, porque al fin y al cabo no le faltó talento y genio, y de seguro nadie hubiera sostenido mejor que él la causa de la incredulidad, si esta causa hubiera podido ser defendida; ella fué quien lo desacreditó. Si se nos abandona, pues, la persona de Rousseau, se nos abandona la causa de la incredulidad; si no se quiere abandonar la causa de la incredulidad, no concebimos que sea por un motivo que Rousseau no haya hecho valer ya con mas habilidad que cualquiera otro, principalmente en lo que atañe á los *milagros*. Por lo mismo seguiremos discutiendo con este célebre deista.

1.° He aquí uno de sus argumentos mas especiosos. Está sacado de su diálogo muy poco filosófico entre *el pensador* y *el inspirado*, en el libro cuarto de su *Emilio*.

EL INSPIRADO.— .... Mis pruebas no tienen réplica; son de un órden sobrenatural.

EL PENSADOR.—¡Sobrenatural! ¿qué significa esta palabra? no la comprendo.

EL INSPIRADO.—Cambios en el órden de la naturaleza, profecías, milagros y prodigios de toda especie.

EL PENSADOR.—¡Prodigios, milagros! no he visto nunca nada de todo esto.

EL INSPIRADO.—Otros lo vieron por tí. Infinidad de testigos.... el testimonio de los pueblos....

EL PENSADOR.—*¿Es de un órden sobrenatural el testimonio de los pueblos?* (2)

EL INSPIRADO.—No; pero cuando es unánime es incontestable. (3)

EL PENSADOR.—No hay nada mas incontestable que los principios de la razon, y *no se puede autorizar un absurdo apoyándose en el testimonio de los hombres.* (4) Todavía mas: veamos las pruebas sobrenaturales, pues la atestacion del género humano sobre ellas no es unánime... ¿Quieres saber á qué se reducen tus pretendidas pruebas sobrenaturales, tus profecías, tus milagros? ¡á creer todo esto bajo la fé de otro!

EL INSPIRADO.—¡Oh corazon endurecido! la gracia no te habla.

No es esto lo que *el inspirado* le hubiera contestado, sino: "¡Oh falso pensador, voy á refutarte!" y lo hubiera podido hacer del modo siguiente:

Conviene no confundir la prueba *sobrenatural* de la revelacion, el hecho de los *milagros*, con la prueba de este hecho, *el testimonio de los hombres*.—La Divinidad, para revelarse á la criatura, debe hacer actos de criador, resucitar un muerto por ejemplo: no sabemos cómo podria negarse que este acto constituye una prueba sobrenatural.—Ahora bien: este mismo hecho tiene necesidad de ser probado, y una vez pasado ya en la tierra se convierte en probable, como todos los demas hechos terrestres, por medio del testimonio natural ó histórico.—¿Impide esta última prueba natural que el hecho que es su objeto constituya una prueba sobrenatural? ¿la resurreccion de un muerto dejará de ser un milagro porque sea probada y atestiguada por el testimonio de los hombres?—¿Acaso el testimonio de los hombres, cuando tiene todas las condiciones requeridas, no es un medio para asegurarse de la ecsistencia de los hechos? ¿Acaso la resurreccion de un muerto ú otro milagro cualquiera no es un hecho? ¿Porque un hecho sea sobrenatural, deja de ser un hecho? ¿No es al contrario un hecho mas visible, mas chocante,

(1) Es preciso, sin embargo, reconocer que su falsedad no es de cálculo, sino de pasion.

(2) Aquí se desliza el sofisma.
(3) Si *el inspirado* hubiese contestado en nombre propio *al sofista*, le hubiera dicho: "No; pero yo no te he dicho que fuese de un órden sobrenatural *el testimonio de los pueblos*, sino los *milagros*."
(4) ¡Todavía! ¿es decir que un milagro es un absurdo? ¿No es el mismo Rousseau quien dijo que la cuestion de si Dios puede hacer milagros era impía, si *no era absurda, y que castigar á quien la resolviese negativamente seria hacerle demasiado honor, y que bastaria encerrarlo?*

y por lo mismo mas probable por el testimonio? Apelaré á tus mismas palabras: "los hechos de Sócrates, de los cuales nadie duda, dijistes, están menos atestiguados que los de Jesucristo." (1) y ademas: "Observad bien, Señor, que yo no abrigo ninguna duda acerca del fondo de todos los hechos consignados en el Evangelio. Esto es lo que dije, y no creo superfluo repetirlo." (2)

Adelantamos mas: ¿á qué se reduce ese sistema? evidentemente á querer que un hecho sobrenatural no se pruebe sino por una prueba sobrenatural, pues por no tener este último carácter desecha Rousseau el testimonio de los hombres respecto de los milagros. Esto es un absurdo palpable. ¿Qué seria entonces esa prueba sobrenatural sino otro hecho sobrenatural, y así indefinidamente? En verdad que esto seria un círculo vicioso. Rousseau contesta al *inspirado* que le opone los milagros: "No he visto nunca nada de todo esto:" y en seguida desecha el testimonio de los pueblos, que se le da en lugar de su propio testimonio, porque no es *de un órden sobrenatural.* ¿Hubiera sido su propio testimonio, la prueba *de visu* á la cual apela, *de un órden sobrenatural?* No niega que la prueba de la vista inmediata y personal de los milagros seria una prueba como él la desea: "A la vista de semejantes maravillas, dice, ¿quién no reconocerá al momento al dueño de la naturaleza?" Pero, lo repetimos, ¿quién le asegurará en este caso el hecho de estas maravillas? ¿el testimonio de sus sentidos, de sus ojos? ¿Y á qué órden pertenecerá este testimonio mas que al *natural*, absolutamente al mismo que el testimonio de los demas hombres como él? ¿Podria suceder de otro modo, dirigiéndose en definitiva la prueba á *la naturaleza humana*, y debiendo por consiguiente esta prueba, por sobrenatural que sea su asunto, adaptarse á su objeto, que es la naturaleza humana, y por lo mismo ser *natural y humana*, so pena de imposibilidad y de absurdo?

Para ser consecuente seria menester que se estendiese Rousseau hasta decir que la vista inmediata de un milagro no le convenceria, y que no creeria á sus propios ojos. Esto es lo que precisamente dice en otro pasaje: "Por admirable que pudiera parecerme un espectáculo semejante, dice, no quisiera presenciarlo por nada de este mundo; porque ¿qué sé yo lo que me sucederia? En vez de volverme creyente, tendria gran miedo de que me volviera loco" (3). Seria hacer un insulto á nuestros lectores, cualesquiera que sean, comparar su incredulidad á una incredulidad tan apasionada é insensata: aquí es á Rousseau personalmente á quien combatimos, y nadie sin duda tomará su defensa.

Resta, pues, que los hechos sobrenaturales, sobre los cuales descansa la revelacion cristiana, los milagros, no pierdan su carácter siendo trasmitidos á nuestro conocimiento por el testimonio de los hombres, menos que si lo fueran por el de nuestros propios sentidos. De otro modo, seria menester decir que era imposible toda revelacion, y que Dios no tenia ningun medio para manifestarse á su criatura; seria menester decir que la misma naturaleza no canta su gloria, y que somos víctimas de nuestros sentidos cuando contemplamos sus maravillas, y encaminarnos así al ateismo por los caminos de un pirronismo insensato.... Si nos paramos delante de este abismo, es preciso reconocer que los mismos sentidos por los cuales percibimos las maravillas de la primera revelacion, pudieron servir para percibir los de la segunda, y que el mismo testimonio que nos asegura los hechos de Sócrates ó de César, puede asegurar los de Jesucristo.

Un ciego de nacimiento cree en las maravillas de la creacion, y sin embargo, solo cree en ellas sobre el testimonio de los hombres; y sin embargo, esas maravillas son para él inconcebibles y mas prodigiosas que los milagros para nosotros. Esta es nuestra situacion respecto de los milagros. No los hemos visto; somos por nuestro alejamiento *ciegos de nacimiento* respecto de ellos (del mismo modo que los testigos de los milagros lo eran respecto del cumplimiento de las profecías). Pero los vieron otros hombres, y los vieron del mismo modo que los habriamos visto nosotros; lo que habriamos hecho nosotros para asegurarnos naturalmente de ellos, lo hicieron ellos: luego si ellos se aseguraron y convencieron de ellos, tambien nos hubiéramos convencido nosotros; y si ellos los reconocieron, tambien nosotros los hubiéramos reconocido. Así es que su testimonio puede tener para nosotros igual valor que el de nuestros propios sentidos; hasta puede decirse que muchas veces ofrece mas garantías el testimonio de los demas hombres, cuando son muchos y acreditados.

La única cosa cuestionable no es, pues, la competencia del testimonio humano, sino la cualidad especial del testimonio de Jesucristo y de los apóstoles en veracidad.

Si su veracidad es incontestable y manifiesta; si es preciso estar loco ó ser malvado para negarla; *si el Evangelio posee caracteres de verdad tan grandes, tan claros y tan perfectamente inimitables, que su inventor seria mas admirable que su héroe*, debemos necesariamente creer los hechos milagrosos que refiere, del mismo modo que si nosotros los hubiésemos presenciado.

De manera que no va á parar en definitiva el deista á la incredulidad, sino al escepticismo, y lo hace con una ingenuidad pérfida que conviene ahora apreciar.

2. "Con todo (dice despues de haber proclamado la divinidad del Evangelio), este mismo Evangelio está henchido de cosas increibles, de cosas que repugnan á la razon y que á todo hombre sensato le es imposible concebir ni conceder; ¿qué partido tomar en medio de todas estas contradicciones? Ser siempre modesto y circunspecto, hijo mio; *respetar en silencio lo que no sabe uno ni negar ni comprender*, y humillarse ante el gran Ser, único que sabe la verdad. Este es el escepticismo involuntario en que he permanecido."

He aquí un pasaje que ha causado mas daño que todas las bufonerías de Voltaire, y que todos

(1) *Emilio*, lib. 4, algunas líneas despues del diálogo.
(2) *Cartas de la Montaña*, p. 115.
(1) *Cartas de la Montaña*, p. 112.

los demas sofismas de Rousseau, pues deja al alma en un estado cómodo, que sin tener la menor parte odiosa de la incredulidad, carece de la sujecion de la fé. Este es el estado de *respeto*, de *inadoracion*, tan comun en nuestros dias.

Este estado es falso, y vamos á ver ademas que es resultado de un sofisma.

Partamos de este punto, sobre el cual estamos todos de acuerdo, á saber: que *el Evangelio posee caracteres de verdad inimitables; que su inventor seria mas admirable que su héroe; que es* IMPOSIBLE *que un libro tan sublime sea obra de los hombres, y que sea hombre aquel cuya historia refiere;* que, en una palabra, *los hechos de la vida y muerte de* JESUCRISTO *son de un* DIOS.

Admitido todo esto, ¿por qué no adorar? ¿por qué quedarse dudando?

—Porque el Evangelio está henchido de cosas increibles que repugnan á la razon, y que un hombre sensato no puede concebir ni conceder; porque sin poderlo negar, no puede tampoco *comprenderlo.*

—Hay en estos motivos un olvido estravagante, y una estravagante confusion de principios.

El olvido es fácil demostrarlo.—Para hacerlo resaltar, observemos que el raciocinio se traduce de este modo: "Yo creeria enteramente en el Evangelio, si no contuviese nada que yo no comprendiera; su divinidad no es increible, sino porque hay en él cosas que no son claras." Es el mismo raciocinio que Rousseau hizo ya sobre los dogmas.—"Respecto de los dogmas, dice, mi razon me dice que deben ser *claros, luminosos, chocantes por su evidencia.* Si la religion natural es insuficiente, es por la oscuridad que deja en las grandes verdades que nos enseña. Corresponde á la revelacion enseñarnos estas grandes verdades de una manera sensible al espíritu del hombre, ponerlas á su alcance y hacérselas concebir á fin de que las crea. *La mejor de todas las religiones* es infaliblemente la mas clara: quien sobrecarga de misterios y de contradicciones el culto que me predica, me enseña con esto mismo á desconfiar de él. El Dios que yo adoro, no es un Dios de tinieblas; no me dotó de entendimiento para impedirme despues su uso: decirme que someta mi razon, es ultrajar su autoridad. El ministro de la verdad no tiraniza á mi razon; al contrario, la ilustra" (1).

—En el olvido de los principios no puede darse una manera mas grosera ni mas imperdonable.

¿Quién no ve, en efecto, que siendo Dios la esencia *infinita*, y nuestra razon *finita*, sobre todo acá en la tierra, no puede suceder nunca que esta razon abrace, comprenda, contenga la esencia infinita, y por consiguiente la revelacion de esta esencia debe *escederse* en muchos puntos, los cuales quedan necesariamente para ella *no comprendidos, oscuros, misteriosos é inconcebibles?* Por mas ventajosa que sea la idea que nos formemos de la razon humana, es dar de ella una muy triste prueba hacerle rechazar todo lo que no comprende, principalmente cuando lo que no comprende es divino, infinito, es decir, *incomprensible.* Una razon semejante es tanto mas incapaz de comprender á Dios, cuanto que al ecsigirlo manifiesta que no se comprende á sí misma.

Raciocinando Rousseau de este modo, volvió la espalda á la verdad, no se equivocó á medias, sino enteramente y de una manera lamentable. Una religion que no tuviese nada que fuera *claro, luminoso y radiante de evidencia*, y que *no dejase ninguna oscuridad en todo cuanto enseña;* una religion *sin misterios*, lejos de ser *infaliblemente la mejor* de las religiones, como dice Rousseau, seria sin duda *la peor.* No tendria nada de religion, nada de divino, porque *divino* quiere decir *infinito*, é *infinito* quiere decir *incomprensible.* Lo mismo *las peores* que *las mejores* religiones tuvieron todas misterios. Por este medio remedaron la UNICA VERDADERA.

Puede indudablemente decirse que no siendo la religion natural insuficiente sino por la oscuridad en que nos deja acerca de las verdades eternas, el objeto de la revelacion es hacer conocer estas verdades. Esto es incontestable. He aquí la porcion de verdad que en el sofisma de Rousseau se encierra. Pero una cosa es *conocer*, y otra *comprender*, y comprender *enteramente.* La revelacion cristiana nos ha hecho *conocer* á Dios, á nosotros mismos y nuestras relaciones presentes y futuras, con todo lo que importa á nuestros deberes y destinos, y lo ha hecho admirablemente, como hemos podido ver en la segunda parte de estos *Estudios*, y en particular en el capítulo *sobre la Redencion;* pero no nos ha hecho *comprender enteramente* lo que nos ha hecho *conocer*, ni lo ha puesto *fuera del alcance de toda comprension;* lo ha colocado delante de nosotros con certidumbre, como un motivo de fé, como un objeto de esperanza, como un alimento de amor [tres virtudes esenciales al corazon del hombre, y para quienes es tan necesario el *misterio* como la *certidumbre*], incomprensible, es verdad, pero *comprensible*, por decirlo así, bajo la accion de estas tres virtudes, que sacan de ello torrentes de luz y de energía para la práctica de nuestros deberes y el adelantamiento de nuestra perfeccion.

Dirigiendo todas estas consideraciones al punto preciso de la discusion, decimos: el Evangelio es la revelacion de Dios; Dios es infinito, es decir, rodeado de cosas incomprensibles y que le es imposible al hombre concebir; luego es contradictorio, llamándose uno deista, no admitir la divinidad del Evangelio, por el motivo de que está *henchido de cosas incomprensibles y que le es imposible al hombre concebir.* No decimos que es divino por esto, sino que sin esto no seria divino.

Esto por lo que toca al *olvido* de principios; véamos ahora la *confusion.*

Si Rousseau se hubiese limitado á reclamar la evidencia en los fundamentos estrínsecos de la religion, todo cuanto dice hubiera sido esacto. La *mejor*, ó mas bien la UNICA *religion debe ser en este sentido la mas clara;* por esto el cristianismo es, como dijo Fontenelle, *la única religion que tiene pruebas.* Es, en efecto, un principio incontestable que para creer en la palabra de Dios, es necesario

(1) *Emilio*, lib. 4.